

# Si todavía queremos tratar de salvar la tierra

Marguerite Yourcenar

**D**urante años hemos visto en casi todos los países el temor a la guerra, a las revoluciones (a veces el deseo de ellas), así como los conflictos de clases y razas. Todos estos temores son por así decirlo pequeños ante otro temor, infinitamente más grande y que sigue creciendo: el de la destrucción de la Tierra misma, explotada y contaminada por nosotros; el agua, la superficie marítima, casi tres veces más grande que la terrestre, que cada día contaminamos más; los mantos acuíferos que se abaten cada vez más en el suelo y se agotan debido a una mala explotación; el agua que regresa en forma de lluvia y trae con ella los devastadores ácidos producto de una civilización industrial mal entendida; el aire, con sus amenazas del ozono; los climas y suelos que devastamos con la destrucción de los bosques húmedos tropicales; y, por último, la desenfrenada sobrepoblación de la raza humana que empuja inevitablemente hacia nuevos conflictos, en sí mismos destructores, y que hace que nuestra paz competitiva sea tan peligrosa como la guerra. Desde los bosques canadienses hasta la campaña alemana o francesa, de la India a Senegal, de Marruecos a China, por todas partes encontramos el gran avance de los desiertos, la desaparición del pueblo en favor de la ciudad lo cual no elimina, al menos por mucho tiempo, ciertos problemas típicos de los pueblos (como la escasez o contaminación del agua) y multiplica los efectos de una sociedad de consumo que en realidad es una sociedad de desperdicio. Esto conduce no sólo a un deterioro de la situación psicológica y social del hombre, sino al deterioro de la Tierra.

*La última salida que realizó Marguerite Yourcenar fuera de los Estados Unidos fue a Québec. Por ello no resulta asombroso que el discurso que pronunció el 30 de septiembre de 1987, durante la apertura de la Quinta Conferencia Internacional de Derecho Constitucional que en esta ocasión trataba de la calidad del medio ambiente, haya sido también su último escrito sobre el tema. Con excepción de algunas páginas añadidas a su libro "Qué? La Eternidad", antes de que le sobreviniera la enfermedad de la que habría de morir, su última reflexión pluma en mano es un supremo alegato en favor de la protección de la naturaleza y de las especies en peligro de extinción. Este compromiso, al que hace ya tiempo permanecía fiel, era tan importante para ella que lo ha respetado más allá de la muerte dejando toda su fortuna y los futuros derechos de autor a organizaciones ecologistas.*

Siempre me parece que este drama conmueve poco a la gente. El hecho es que el menor escándalo de un político, el lujo bárbaro y excesivo de algunas esposas de hombres célebres (como el guardarropa de Eva Perón o los zapatos de la señora Marcos) el chismorreo sexual producido por el segundo matrimonio de alguna estrella de cine, todo eso parece interesar más a las masas que el drama de la tierra, del agua y del aire del que nos ocupamos aquí. Todo lo anterior ocupa las primeras páginas de los periódicos y medios de comunicación pero poca gente piensa, a través de las pequeñas noticias del día, en la destrucción irreparable de miles de especies animales y vegetales que han necesitado siglos para nacer y desarrollarse en la forma que tenían apenas ayer. Todos los que han tratado de hablar sobre el tema y predicar con el ejemplo en la vida diaria, que es tan importante y en la que tanto podemos hacer para bien o para mal, se dan cuenta de que la mayor parte de la gente

muestra una especie de apatía. ¿Qué hacer? Varias cosas: utilizar sólo un kleenex en lugar de varios, hacer composta con los residuos orgánicos para devolver a la tierra lo que es de ella, las mujeres no utilizar cosméticos fabricados con sufrimiento inútil de animales, no cortar el árbol que purifica el aire sin reemplazarlo por otro que tendremos el placer de ver crecer, no dejar que se desperdicie el agua en el fregadero porque esa agua es la vida del mundo. Es muy poco y, sin embargo, la ecología se basa en ese poco de cada uno de nosotros en la vida diaria; en que aprendamos a ser consumidores conscientes en vez de depredadores irreflexivos.

Me dicen ustedes que este tema es de todos los tiempos. Sí, desde luego. Pero hoy día disponemos de medios técnicos infinitamente más poderosos que antes y que pueden servir al bien (y así sucede algunas veces) pero cuyo poder es también terrible para el mal; mientras que los errores de nuestros antepasados

eran normalmente limitados y a veces, no siempre, reparables. Sabemos por Platón y Tucídides que el Atica fue deforestada durante las guerras entre Atenas y Esparta, en parte para proveer de mástiles a la flota de naves; y que en esa época los manantiales y maníos acuíferos se hundieron en la tierra. Sabemos que las islas griegas, por las que nos paseamos admirando su belleza, su desnudez y su blancura de mármol, estuvieron en realidad cubiertas de bosques, arbustos y llanuras llenas de flores de las que nos hablan los poetas del Siglo VI. Y ya más cerca de nuestro tiempo, sabemos también que los grandes parques de Inglaterra no se han repuesto del todo de la gran cantidad de árboles cortados durante la Primera Guerra Mundial para consolidar sus trincheras. Por Ronsard y otros poetas de esa época sabemos que al menos algunos hombres de aquel tiempo eran sensibles a la muerte de un árbol.

De dónde viene entonces esta especie de desvarío de la conciencia humana? En mi opinión, ciertamente, de la codicia que desea obtener el mayor beneficio de los bienes terrenos, y de una especie de desconfianza hacia los hombres de otros países o razas, a los que queremos sobrepasar en ciertos aspectos; del deseo de utilizar todo para llegar al límite de la riqueza, para construir un condominio donde antes había un lugar apacible todavía en su estado natural y en el cual las masas acababan por encontrar un poco de frescor o de paz. Sabemos que la desconfianza entre las naciones es la causa de los gastos de preparación para la guerra; y entre todas estas grandes razones, creo que hay que tener también en cuenta un miedo oscuro, acosador pero bien escondido, debido al hecho de que los plazos son cada vez más cortos. Por ejemplo, yo tengo una secretaria joven que tiene un hijo de 4 años; ella es muy eficiente y sabia en la vida diaria pero no quiere oír hablar de ninguno de los problemas que menciono aquí y estoy segura que se debe al miedo que le dan; sin embargo de vez en cuando me dice

casi en voz baja, que se ha visto pasar por su pueblo, de noche, un convoy de vagones que transportaban sustancias tóxicas que iban a enterrar en algún lado. Ella se pregunta dónde y si esos depósitos estarán o no cerca de su hijo.

Olvidamos muy deprisa. Los acontecimientos se dan tan rápidamente que, en lugar de acumular el interés, las diferentes emociones se anulan unas a otras. Ya casi hemos olvidado Bhopal, o más bien ha pasado a ser una disputa jurídica que interesa a pocas personas pese al hecho de que miles de personas sufren todavía por ello. Estos seres, ya antes de la explosión sufrían por haber sido sacados contra su voluntad, la mayoría, sin saber que la fuerza de las circunstancias los obligaba a abandonar su civilización campesina. Esta civilización los reunía y establecía lazos entre ellos a la vez que les daba unos lugares sagrados para ellos y unos animales a los que la familia permanecía ligada de generación en generación; todo esto dejaron para ser lanzados al terreno incierto de la fábrica. Por tanto, este terreno vago ha resultado mucho más desastroso al sobrevenir la desgracia. Ha dejado individuos aislados que perdieron sus raíces. También se ha olvidado ya la contaminación del Rin. Yo me encontraba en Basilea al día siguiente de la noticia. Y sobre todo se olvida que estos sucesos que creemos terminados tras leer uno o dos periódicos, no terminan ahí. Los efectos de la contaminación del Rin, por ejemplo, continúan en las orillas del Swin y en la frontera holandesa. Se ha olvidado Chernobyl aunque a causa de ese pequeño accidente (porque eso es comparado con lo que podemos temer) los Lapones no sólo han perdido su ganado, que hubo que destruir en gran parte, sino que su supervivencia se ha vuelto tan difícil que son ya un grupo humano amenazado de extinción. En Marruecos, donde ahora admiramos las extraordinarias montañas desnudas, con los reflejos de la puesta de sol, a menudo pienso que esas llanuras que son casi un desierto, esos ríos errantes, y

esas montañas sin vegetación, en otra época ya histórica fueron lugares boscosos, bosques en los que vivían los elefantes que utilizó Aníbal. La historia humana deja huellas por todas partes y en general son destructivas. También en Atenas he constatado que ya no se puede entrar al Partenón, donde solía ir y sentarme a leer o a descansar durante Jornadas enteras y que, en cierto modo era una gran casa para todos nosotros. Y las Cariátides se están deshaciendo bajo sus techos debido a las catorce refineras de petróleo instaladas hace apenas 15 o 20 años en la orilla del Eleusis, durante el reinado de los coroneles. A ellos ya casi los hemos olvidado pero ahí están sus obras. Y Nueva York, una ciudad donde yo he vivido con la sensación de una existencia humana encantadora al principio de la Segunda Guerra Mundial, se ha convertido en un lugar del que uno trata de irse lo más pronto posible por culpa de la calidad del aire, la falta de espacios verdes, y las crisis cada vez más frecuentes de salud durante el verano, cuando hace mucho calor y no hay aire para respirar.

En Egipto, donde he estado en dos ocasiones, pensaba a menudo en lo que me decían, por un lado, los arqueólogos europeos y por otro los campesinos nubios que abandonaron sus campos cuando fueron inundados por el agua de las presas: después los monumentos, sus cimientos y las raíces de las plantas comenzaron a sufrir en un suelo cada vez más salino. Y el milagro que era el ciclo anual del Nilo ha desaparecido dejando la mayor parte de sus orillas erosionadas, en medio de una humanidad cada vez más pobre y cada vez mayor en número, inútilmente. También los peces han desaparecido casi completamente del delta y a lo largo del Nilo mismo se ve elevarse al cielo azul la bruma de una presa demasiado grande.

En la India, en Bharatpur, la reserva más grande y bella de pájaros migradores, por la cual pasan todos los años miles y miles de pájaros procedentes de lugares tan diversos

